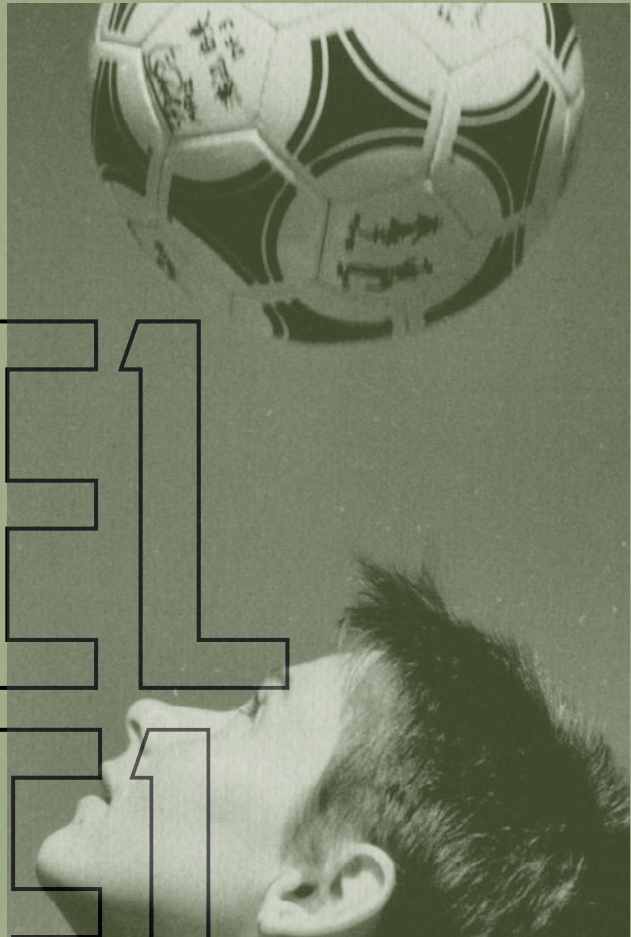


# EL FI



**Julián Hernández**

**E**l Fi se llama César, pero le digo Fi.

Fi se escribe “Fi”, pero se pronuncia “Fai”.

El Fi fue mi papá y mi hermano durante mucho tiempo.

El hermano que nunca tuve, y el papá que tuve, pero que perdí.

El Fi me enseñó a jugar fútbol y me hizo hincha de mi equipo.

El Fi me llevaba al estadio desde que yo tenía seis años.

El Fi me llevó a mi primer entrenamiento y casi siempre me recogía después de los partidos.

El Fi tenía un equipo de rodillones que siempre llegaba a la final en todos los torneos. Jugaban con un uniforme original de entrenamiento de la Selección Colombia cuando era patrocinada por Umbro. Ni idea cómo lo consiguieron. Yo iba a ver todos los partidos y el Fi siempre era la figura. Es el mejor delantero que vi en mi vida.

El Fi me presentaba como su hermano y yo era muy feliz de que él me considerara como tal. Siempre ha sido raro definir nuestro vínculo: su mamá es como mi mamá, pero no es mi mamá; y él es como mi hermano, pero no lo es. Es la unión de todo lo bueno que tiene un padre, un hermano y un primo: eso es el Fi para mí.

Yo dormía en mi casa, me iba para el colegio, llegaba donde el Fi y allá

almorzaba, luego me iba para mi casa a cambiarme para ir a entrenar, iba a entrenar, del entreno llegaba donde el Fi, comía —lo que para algunos es “cenar”—, de ahí volvía a mi casa y dormía. Así era de lunes a viernes. Los fines de semana cambiaba un poquito la rutina, pero en esencia era igual: almorzaba y comía siempre donde el Fi.

La casa del Fi quedaba a la vuelta de mi casa. Yo llegaba y desde afuera de la reja gritaba “¡Ábrame!” y Martica o Socorro —la mamá del Fi que es como si fuera mi mamá también— decían “llegó el niño” o “llegó muñequito” y me abrían. Yo de una me iba para el cuarto del Fi y le decía “háblame, Fi”. Ahí me ponía a ver televisión y esperaba que me sirvieran el almuerzo. Yo recogía el plato en la cocina y me iba a comer a la cama del Fi. Comía sentado en la cama del Fi. A veces regaba algún arroz y en la noche eso estaba lleno de hormigas. El Fi al otro día me contaba que se había tenido que despertar a media noche porque sentía hormigas por todo el cuerpo. Me lo contaba como diciéndome que tuviera más cuidado, pero no me regañaba ni se enojaba.

En esa casa aprendí a jugar, ver, sentir y amar el fútbol. Primero aprendí a patear un balón y después aprendí a caminar —obvio no es verdad, pero me gusta pensar que así fue—. A los seis años me metieron a la Academia del Cali y ahí me formé como jugador. Pero yo ya jugaba fútbol desde antes con el Fi. En el antejardín de la casa

entrenábamos tiros al arco. Él me tiraba la pelota y yo le pegaba de primera. A veces me tiraba el balón a media altura para que le pegara sin dejarla caer. También jugábamos en la calle.

Al frente de la casa del Fi había un taller mecánico y utilizábamos la puerta del taller —que era grande, por supuesto, para que cupieran los carros— como porterías de fútbol. Jugábamos mete gol, campeonatos o simplemente tiros al arco, muchas veces salían otros pelados de ahí de la cuadra y se nos unían.

Al lado del taller vivía una viejita carrabias que siempre salía a alegar porque nosotros jugábamos ahí. La pelota no se nos podía ir para la casa de la vieja porque nos pinchaba los balones. Se llamaba Alba. Socorro no podía escuchar que nos decía algo la vieja porque de una salía a defendernos y a insultarla.

Al Fi le decían que se hiciera ver por alguien del fútbol, que se probara en el Cali, en la Sarmiento, en Boca o incluso en el América. Era un gran delantero: pelota que tenía, pelota que metía. Tenía velocidad, gambeta y gol. También tenía liderazgo y hacía calentar a los rivales. Les ganaba con las piernas, y también les ganaba de boquilla. Es el tipo de jugador que todos quieren tener en sus equipos.

Yo solo tuve Play Station 1 y ahí jugaba únicamente fútbol. En Winning Eleven uno podía crear sus propios jugadores para su equipo en la Master.

Yo, por supuesto, creé el jugador del Fi. También creé mi propio jugador y ambos éramos los delanteros de mi equipo —fue la única manera de poner a Roberto Carlos en su posición original, de lateral izquierdo—.

Pocas veces jugamos un partido “oficial” juntos. Oficial en el sentido de estar en el mismo equipo en un partido medianamente competitivo. Con el equipo de rodillones que tenía el Fi yo no podía jugar porque por esa época yo ya jugaba “competitivamente” en lo que en ese tiempo se denominaban las “divisiones menores” del equipo del que somos hinchas. Además, yo era mucho menor que ellos: tenía 13 años y el Fi 24.

De los pocos partidos que jugamos juntos recuerdo con especial alegría el del equipo de los paisas. Fue un domingo por la tarde en el Club Tequendama. No me acuerdo cómo se llamaba el equipo rival, pero sí recuerdo que era nuestro clásico. Yo ya había dejado de jugar en las divisiones menores del equipo del que soy hincha, ya estaba estudiando en la universidad y jugaba fútbol con muchos equipos por ahí.

Ese día invité a jugar al Fi, previamente le había preguntado al Paisa que si podía llevar a alguien y me dijo que sí. Y allá llegamos. Yo jugaba de creación o delantero y era titular indiscutido en ese equipo. Pero el Fi era tan buen jugador que apenas lo vieron lo metieron de titular a él y a mí me pusieron a chupar banca. Tenía el Fi unos 30 años y yo apenas 19.

## “...EL FI ERA TAN BUEN JUGADOR QUE APENAS LO VIERON LO METIERON DE TITULAR A ÉL Y A MÍ ME PUSIERON A CHUPAR BANCA”

En una de las primeras jugadas del partido el Fi se llevó al defensa por la banda derecha y cuando llegó a la línea de fondo mandó un centro tan preciso que Darío —un tío paisa de mi amigo el Paisa— solo tuvo que poner la cabeza para cambiarle la dirección al balón y hacer que entrara a la red. 1-0 íbamos ganando.

Antes de acabarse el primer tiempo nos empataron. En el descanso sacaron a Darío y me metieron a mí. El segundo tiempo empezó y el Fi y yo éramos la pareja de delanteros. El partido estaba duro, era de esos juegos donde se mete la pata duro, pero sin que se caliente la cosa. Ambos equipos eran muy buenos.

Faltaban 15 minutos y eso seguía empatado. Le dan el balón al Fi cerca del área rival, él lo controla y aguanta la marca, yo le corro por detrás para hacer la diagonal y llevarme la marca. Él decide darme el pase al espacio vacío, yo corro hacia el balón y le meto un zapatazo cruzado al segundo palo del arquero. Y gol.

Voy a abrazar al Fi. No le digo nada, solo lo abrazo. Todo el equipo viene y se nos une en el abrazo. Ganamos 2-1. Yo hice el segundo, pero la figura fue el Fi. La figura siempre era el Fi.

Estoy seguro que el Fi hubiera podido hacer ese gol. Yo ya me había llevado la marca, él solo tenía que enganchar al central que quedaba y disparar al arco. Pero prefirió dármelo a mí. Prefirió ser generoso y permitir que yo fuera el protagonista. Eso ha hecho siempre dentro y fuera de la cancha.

El Fi me hacía grande. Las pocas veces que jugué con él ese tipo de partidos sentía que yo jugaba mejor. El Fi me hacía un mejor jugador y una mejor persona. Gran parte de lo que soy como jugador y como persona es gracias al Fi.

Quisiera devolver el tiempo y volver a vivir ese partido.

Quisiera devolver el tiempo y volver a marcar ese gol.

Quisiera estar en mi casa de Santa Helena y decirle a mi mamá “ya vengo, voy donde Socorro”.

Quisiera llegar donde Socorro y gritar “¡Ábrame!”.

Escuchar a Martica —o a Socorro— decir “llegó el niño”.

Ir a tu cuarto y decirte “háblame, Fi”.

Esperar el almuerzo y sentarme a comer en tu cama mientras veo televisión. ●